

47

Discurso del Presidente Roosevelt, pronunciado hoy, en el "Auditorium" de Ocean Grove, New Jersey, ante la "Asociación Nacional de Educación".

Me alegro infinito de esta oportunidad que se me ofrece de congratular á la Asociación Nacional de Educación; porque en todo este país de la democracia no hay asociación más genuinamente democrática que ésta. Es ella verdaderamente democrática, porque aquí cada uno de los miembros trata á los otros como á iguales, lo mismo si se trata del presidente de una de nuestras grandes universidades como del novísimo recluta de esa profesión alta y honrosa que tiene á su cargo la enseñanza y adiestramiento de esos niños y de esas niñas que dentro de pocos años serán los árbitros de los destinos de esta nación.

No es mucho decir que el trabajo más característico de la república es el que realizan los educadores; porque cualesquiera que fueren nuestras limitaciones como nación, nos hemos dado cuenta firmemente siquiera del hecho de que no podemos llenar nuestro cometido en el trabajo dificultoso y en todos sus aspectos importantes del "Self-government", que no podemos gobernar, ni gobernarnos, si no vamos al encuentro de tal empeño con la mente desenvuelta y el carácter formado.

Vosotros, maestros, constituís al mundo entero en vuestro deudor. Si no hicierais bien vuestro trabajo, esta república no duraría más allá de los límites de una generación. Además de eso y como secuela de vuestro trabajo tangible rendís al país casi increíbles servicios.

Vosotros, por ejemplo, rendís á la república el servicio vital y primordialísimo de amalgamar en un cuerpo homogéneo á los niños todos; así los de aquellos que han nacido aquí como los de aquellos que han venido de tantos diferentes países extraños. Vosotros suministráis un común adiestramiento é ideales también comunes á los retoños de todos esos pueblos mezclados que se encuentran aquí fundidos en una sola nacionalidad. Y no en menor medida es debido á vosotros y á vuestros esfuerzos el hecho de que formemos un solo pueblo en lugar de un grupo de gente pendenciera.

Hay que añadir á todo eso que en un país donde de un modo absoluto se da tan excesiva prominencia á la posesión de las riquezas, debe la nación sentirse grandemente obligada á un cuerpo como éste, que sustituye el ideal de acumular dinero por otro infinitamente más elevado, por el ideal de realizar un trabajo valioso solamente en beneficio de ese mismo trabajo.

No trato de desestimar, en lo más mínimo la necesidad de alcanzar prosperidad material como base de nuestra civilización; pero insisto seriamente en que si esa civilización no construye sobre tal base una más elevada estructura, jamás podremos considerarnos entre los pueblos verdaderamente grandes. Poseer cierta cantidad de dinero es, desde luego, necesario, tanto para la nación como para los individuos; y pocos movimientos habrá sin duda en que yo me muestre tan completamente interesado como en el de obtener mejores remuneraciones para los maestros. Pues, despues de todo, el servicio que rendís es incalculable, porque en la manera como vivís demostráis que para vosotros bien merecen los ideales un sacrificio, y que os sentís aiosamente esforzados en el empeño de realizar un trabajo nada remunerativo si ese trabajo resulta beneficioso para vuestros semejantes.

Aparejar á vuestras existencias ese ideal, tal como lo vais realizando, es prestar al país un gran servicio. El perjuicio principal que causan á la comunidad los hombres de opulentas fortunas, no es el perjuicio que los demagogos alcanzan á señalar como proveniente de los procederes de aquellos, sino el que resulta del hecho de que el éxito de los mismos establece un falso arquetipo que no sirve sino de mal ejemplo para el resto de nosotros. Si no concediéramos una exagerada importancia á los hombres ricos que solo, son distinguidos por sus riquezas, no ejercerían ellos nunca la más insignificante influencia sobre nosotros.

Si nos perjudican, es generalmente por nuestra culpa; porque la manera que tienen de hacernos daño

es, principalmente, despertando nuestra envidia ó sumiéndonos en la amargura y en el descontento. En las actuales relaciones de sus negocios están ellos en mejores aptitudes para beneficiar que para perjudicar al resto de nosotros; y por más que es eminentemente justo dar los pasos que se consideren

necesarios para impedir que los miembros excepcionales de esa clase hagan perjuicio alguno, es, de un modo funesto, desacertado, dejarnos arrastrar á cualquier ataque contra los hombres adinerados simplemente porque concurra en ellos esa circunstancia. Un ataque de tal índole, por otra parte no vendría en rigor á constituir otra cosa que un tributo excepcionalmente reprochable é indigno rendido á las riquezas, y, por consiguiente, una prueba de un estado de espíritu también indigno y reprochable en el individuo que realiza el ataque. La envidia enconada por las riquezas no viene á ser otra cosa que una manifestación distinta de los diferentes estados psicológicos que se ofrecen en ese asunto; uno de los que reviste el carácter de vil servilismo hacia las riquezas, y siendo otro de ellos la brutal arrogancia de ciertos hombres acaudalados

Cada uno de esos estados psicológicos, ya se trate de malignidad, de servilismo ó de arrogancia, viene á ser consanguíneo de los otros dos; porque cada uno de ellos surge de una idea fantásticamente retorcida y exagerada sobre la importancia de la riqueza comparada con otras cosas. El clamor de los demagogos contra las riquezas; la oficiosidad congratulatoria de las secciones dedicadas en los periódicos á las crónicas sociales, para informar sobre todo lo relativo á los mimados por la fortuna y la reprochable conducta de esos hombres ricos que proceden con un brutal desconocimiento de los derechos de los demás; todo eso visto así superficialmente no parece que tenga ninguna relación entre sí; pero en realidad proviene de deficiencias que son fundamentalmente las mismas y una de las cuales es la carencia de propios ideales

Esta carencia puede ser remedada, en mucho por vuestra acción por la de vuestros compañeros y por la de todos los educadores en toda la extensión de este país. Tanto por la vida que haceis como por las doctrinas que enseñais, demostrais plenamente que si bien

considerais las riquezas como algo estimable, juzgais que hay todavía otras cosas mejores. Es, en verdad, absolutamente necesario adquirir alguna cantidad de dinero; el principal deber de un hombre para con aquellos que de él dependen, es adquirir lo necesario para su sostenimiento y pero, así que se ha llegado á cierto nivel en esos empeños, el deseo de "hacer dinero" no puede nunca ocupar la misma gerarquía que otras formas más nobles de los esfuerzos.

La gran lista de los americanos beneméritos, comprende hombres como Washington y Lincoln, Grant y Farragut, Hawthorne y Poe, Fulton y Morse, St. Gaudens y Mac Monnies; están enumerados en ella estadistas y soldados, hombres de letras, artistas, escultores, hombres de ciencia, inventores, exploradores, constructores de caminos y de puentes, filántropos y moralistas que han guiado á grandes reformas; enumeranse allí hombres que han merecido beneplácitos en cada uno de los innumerables campos de la actividad; pero, notad que solo se mencionan en ella aquellos hombres acaudalados que han usado debidamente de sus riquezas; aquellos que han considerado esas riquezas no como un fin, sino como un medio; aquellos que han mostrado tan correctos procederes en adquirirlas como pródiga generosidad al emplearlas.

Triplemente afortunados podeis consideraros vosotros á quienes es dado realizar esa vida de resueltos empeños para la prosecución de levantados ideales y lo que es más aún, inculcarlos, tanto por el ejemplo de vuestras vidas como por el valor de vuestras enseñanzas en el corazón y en la mente de aquellos que en la generación que nos suceda determinarán, en su carácter de hombres y de mujeres de la misma, el lugar que esta nación seguirá ocupando en la historia de la humanidad...

